

el haber intentado dar á los amantes de mi arte, que se encuentran aquí, una idea de mis miras, que hubiera deseado exponer con más claridad, pues no tengo derecho á que vayan á buscarla en mis escritos sobre el arte publicados en otra época.

RICARDO WAGNER

París 15 Septiembre 1860.

RIENZI

OPERA EN CINCO ACTOS

PERSONAJES

RIENZI.

COLONNA.

ORSINO.

RAIMUNDO, legado del Papa.

BARONCELLI.

CECCO.

ADRIANO.

IRENE.

UN MENSAJERO.

. Pueblo, soldados, nobles, sacerdotes, etc.

En Roma, á mediados del siglo XIV



ACTO PRIMERO

Una calle.—En el fondo, la iglesia de San Juan de Latrán.—
A la izquierda, la casa de Rienzi.—Es de noche

ESCENA I

ORSINO, varios nobles; después IRENE

ORSINO (entrando).—¡Ea! amigos! aquí es! valor! arrimad la escala á ese balcón! (Dos nobles apoyan una escala en la casa de Rienzo, y entran por la abierta ventana.) Apuesto á que todo el mundo envidiará mi conquista.

(Salen los dos nobles de la casa, arrastrando á Irene.)

IRENE.—¡Socorro! socorro! cielos!

NOBLES.—¡Qué gusto robarles sus mujeres á esos viles plebeyos!

IRENE.—¡Infames! ¡qué deshonra!

ORSINO (á Irene).—¡Por qué tanto gemir, niña? Quiero cambiar tu triste suerte.

IRENE.—¡Ah! ¡dejadme!

NOBLES.—El terror que descolora su rostro, da mayor realce á sus atractivos.

ORSINO.—¡Partamos!

(Orsino y sus partidarios se disponen á llevarse á Irene, cuando aparece Colonna con inmenso séquito.)

ESCENA II

COLONNA, sus partidarios; después ADRIANO, y luego el pueblo

COLONNA (á Orsino.—¡Henos aquí! ¡abre paso!

ORSINO.—¡Necia osadía! ¡vana amenaza!

LOS DE COLONNA.—¡Ay de vosotros!

LOS DE ORSINO.—En fila todos.

COLONNA.—¡A nosotros la hermosa!

ORSINO.—¡Recibe tu castigo! (Combaten.)

ADRIANO (sale, seguido de algunos partidarios).—
¿Qué hacéis? (Divisando á Irene.) ¡Ah! ¡pronto,
alerta! Irene! ¡gran Dios! ¿quién te roba? ¡malditos!
plaza al defensor.

(Abrese paso hasta Irene, y la defiende.)

COLONNA.—¡Tuya es, digno hijo mío!

ADRIANO (á Irene).—¡Cuenta conmigo! ¡cesen tus
alarmas!

ORSINO.—¡Valiente sostén de las mujeres! ¡Yo sa-
bré reconquistar mi bien!

(Adelántase hacia Adriano, quien defiende á Irene.)

COLONNA (á los suyos).—¡Heridles! heridles!

TODOS.—¡A las armas!

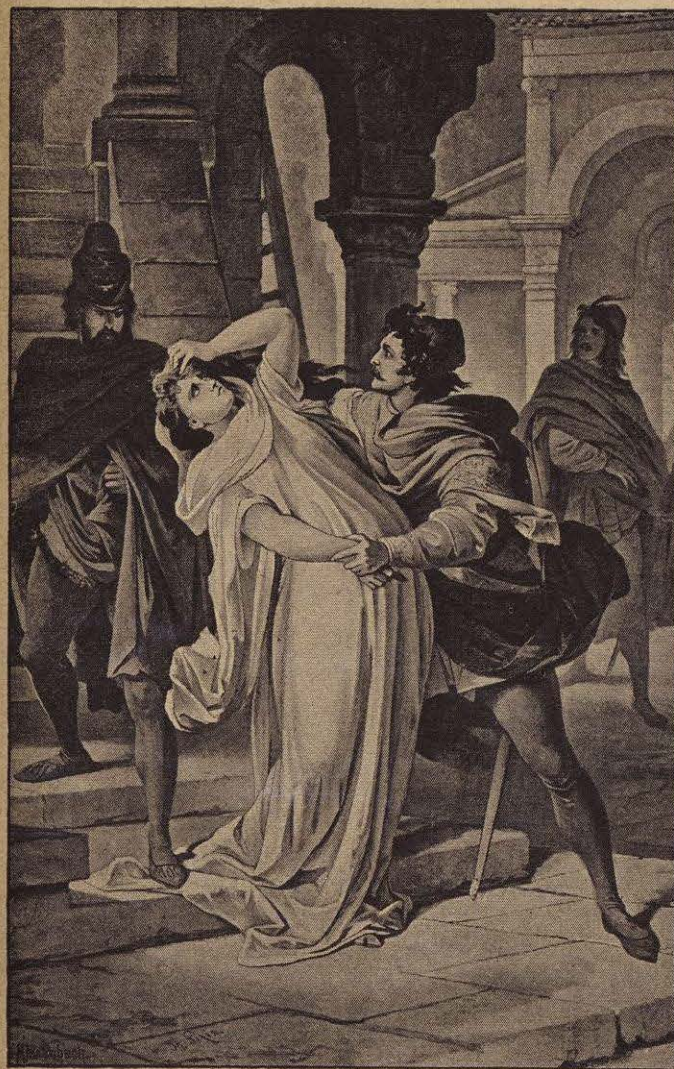
(Nuevo combate.—Un grupo del pueblo se preci-
pita entre los combatientes y les obliga á suspen-
der las hostilidades.)

PUEBLO.—¿Qué rumor es este? ¡ah! ¡calmaos! ¡ha-
ced las paces!

ORSINO.—¡Acero en mano!

LOS DE COLONNA.—¡Nada de perdón! ¡harta es su
audacia!

(El pueblo armado de piedras, palos, martillos, se-
para á los nobles.)



ESCENA III

Los mismos, RAIMUNDO seguido de algunos sacerdotes;
después RIENZI, BARONCELLI, CECCO

RAIMUNDO (saliendo de la iglesia).— ¡Hermanos!
¡tregua al combate! la paz ha de reinar entre vos-
otros.

COLONNA.—¡Paz, dices! aparte de aquí, y déjanos
tú en paz.

RAIMUNDO.—¡Cómo! ¿me provocas?

ORSINO.—¡Vete, hermano, á rezar tu misa!

RAIMUNDO.—¡Temerario! ¡á mí, al legado del Pa-
dre Santo!

COLONNA.—¡Procura callarte!

PUEBLO.—¡Ah! ¡qué impío!

NOBLES.—¡Ea! ¡vete! ¡estamos prestos!

(Violento tumulto.—Aparece Rienzi, seguido de Cecco
y Baroncelli.)

RIENZI.—¡Silencio! (Al pueblo.) ¡Cómo! ¡olvidáis
todos el juramento que nos une! (A la voz de Rienzi
el pueblo se aparta en seguida.—Los nobles parecen
sorprendidos del imperio de Rienzi sobre el pueblo
y de la rapidez con que éste le obedece.—A los
nobles:) ¡Por vosotros se ve envilecida la Iglesia,
cuando su mano os protegía! (Irene se ha refugiado
en los brazos de Rienzi. Este, percibiendo la escala
apoyada junto al balcón, parece comprender lo que
ha ocurrido.) ¡Sí! ¡sólo con ver vuestras obras, se
os conoce! ¡Urdir detestables tramas para robarnos
nuestras hijas y nuestras mujeres! ¿qué más os
falta ya? ¡Roma, antaño señora del universo, entre-
gada hoy á los perjuros, insulta la Santa Sede! El
Padre Santo se aleja; Aviñón le protege. Al llegar
la Fiesta de los Ramos ya ningún peregrino fran-

quea el recinto de nuestra santa villa; y mustia, pobre, expuesta á todos los males, Roma vacila. Todos los bienes nos abandonan á la vez. ¡Por do quiera, infamias y homicidios! las leyes pisoteadas! ¿Cuál de vuestros monumentos deja de recordaros en bronces ó mármoles, la ciudad grande y libre, donde cada ciudadano reinaba á orillas del Tíber? ¡Responded, pérfidos! ¿queda aún un Romano?

PUEBLO.—¡Viva Rienzi! ¡gloria á él!

NOBLES.—¡Qué desdén! ¡vaya una audacia!

ORSINO.—Imponedle silencio.

COLONNA.—¡Dejadle hablar! ¡vanos proyectos!

ORSINO.—¡Rebelde!

COLONNA.—¡Ah! ¡Ven á mi palacio, allí mis criados te darán el premio digno de tu elocuencia!

NOBLES (Juntos).—¡Ah! ¡pobre loco! ¡tiene gracia! ¡como si fuese un gran señor! ¡el desdén castigará sus aires de noble paladín!

BARONCELLI, CECCO, EL PUEBLO.—¡Un soplo nos bastaría para vengarnos de su desdén!

RIENZI (al pueblo).—¡Calma, amigos, calma, pues la fortuna puede abandonarles mañana! (Conteniendo al pueblo.) ¡Quietos! ¡la lucha es inútil!

ORSINO (á Colonna).—¡Vaya! cese este vil debate. ¡Prestos estamos; al combate!

COLONNA (á Orsino).—¡Delante la vil plebe, no! Al alba, en las puertas de la ciudad.

ORSINO.—Iré al amanecer.

COLONNA.—¡Diez contra diez! ¡ciento contra ciento!

LOS NOBLES.—¡A las armas! sin clemencia! á las armas! frente á frente! allí estaremos!

LOS ORSINO.—Por Orsino.

LOS COLONNA.—Por Colonna. (Salen.)

RIENZI.—¡Por Roma! (Al pueblo que se agrupa en torno suyo.) ¡Amigos! ¡Mañana se cerrarán nuestras puertas en pos de sus cohortes!

RAIMUNDO.—¡Rienzi! ¿cuándo podremos erguir nuestras frentes, abatidas por el oprobio?

BARONCELLI.—¡Rienzi! Roma gime en los hierros, ¡qué males nos resta sufrir!

CECCO.—¡Cuánto tarda la hora de sacudir el fatal yugo!

PUEBLO.—¡Dínos la verdad, Rienzi, y serás obedecido!

RIENZI (aparte á Raimundo).—Noble prelado; ya conocéis mi plan: ¿puedo contar con vos?

RAIMUNDO.—Sigue adelante, sin temor; el cielo apoya tu santa causa.

RIENZI (al pueblo).—¡Llegó el momento! Nuestros enemigos van á salir de Roma. Volved en paz á vuestras moradas; teneos dispuestos, la hora se acerca. Al tercer toque de trompeta empuñad las armas y no olvidéis que sois descendientes de los verdaderos romanos.

PUEBLO.—¡Bendito sea el día que vengará tantas desdichas!

RAIMUNDO.—En nombre del cielo ofrezco mi tributo á la santa obra de salvación.

CECCO, BARONCELLI, PUEBLO (á Rienzi).—Juramos serle fieles; miramos por Roma y nuestra libertad. (Dispérsanse todos con calma, saliendo por diferentes lados. Quedan solos Adriano, Rienzi, é Irene.)

ESCENA IV

RIENZI, ADRIANO, IRENE

RIENZI (estrechando á Irene en sus brazos).—¿Qué han hecho, hermana? dime ¿quién levantó la mano contra tí?

IRENE (señalando á Adriano).—¡Perdonémosle! Ahí tienes al defensor de tu hermana.

RIENZI (contemplando á Adriano).—¿Y á qué se debe tu celo?

ADRIANO.—Mi sangre, mi alma hubiera dado... ¿No me conoces, Rienzi? ¿por qué esa duda que me asombra?

RIENZI.—¡Por qué esta duda! ¿no perteneces á la causa de Colonna?

ADRIANO.—¡Cielos! ¡ese nombre me estremece! Descúbreme tu pensamiento entero, manifiéstame tus designios; ya sabes que no puedo odiarte. Dime ¿á qué empresa destinás tu brazo, que todo lo puede doblegar?

RIENZI.—Quiero que este pueblo recobre al fin su libertad y alce con orgullo la abatida frente.

ADRIANO.—¡Intentas verter nuestra sangre toda! Oye... ¿á qué separarme de ti? ¡Sin duda conoces mi celo; siempre he seguido tu ley, aun cuando para abrirte camino buscabas indignos medios en el favor de la plebe y en la ruina y la sangre de los míos!

RIENZI.—¡Sangre has dicho! ¡sangre! ¡no lo recuerdes! ¡Yo la he visto correr! ¿Quién hirió, en la vía Apia, á mi tierno hermano mientras cogía flores para Irene? ¿quién hizo befa de tan infame homicidio? ¿quién rehusó justicia á mi dolor?

ADRIANO.—¡Odioso crimen! Fué un Colonna.

RIENZI.—¿Te acuerdas? ¿qué daño les había hecho á los patricios aquel niño gracioso? ¡dí, descendiente de tan noble raza! Ví caer gimiendo á mi hermano, y estas manos se bañaron en su sangre. ¡Con esto juré vengarme y he de cumplirlo!

ADRIANO.—¡Oh inclemente! ¿Qué podré hacer para calmarte?

RIENZI.—Procura ser hombre, y digno de Roma.

RIENZI E IRENE. (Juntos.)—Su alma noble y altiva es digna de un romano; su brazo es el sostén de la obra augusta y santa. Puedes amarle sin temor; su corazón responde al mío.

ADRIANO.—Mi alma noble y altiva es alma de romano; mi brazo es el sostén de la obra augusta y santa.

Puedes amarme sin temor; mi corazón responde al tuyo.

RIENZI (á Adriano).—Debo partir; la hora se acerca. Hermano mío, vela por tu amada. Ya tu valiente brazo la defendió. Al fiarla á tus cuidados te doy una prueba de mi aprecio y confianza. (A Irene.) ¡Hermana, adiós! la hora se acerca.

ESCENA V

IRENE, ADRIANO

ADRIANO.—Se aleja y te fía á mis cuidados; ¿tienes igual confianza en mí?

IRENE.—Tu cariño me envanece; en ti fundo mi esperanza toda.

ADRIANO.—Y no obstante, pensando en tu hermano ¿no temes que el odio eleve una barrera entre los dos?

IRENE.—Ahuyentemos tan horrible duda. ¿Recordabas acaso este odio, pensabas por ventura en tu grandeza cuando tu brazo, salvándome, vengó á la hermana de un plebeyo?

ADRIANO.—¡Tus palabras evocan el destino que nos espera! Tu hermano tiene un noble corazón. No obstante, veo amenazador el porvenir. ¡Ese pueblo se le mostrará rebelde; los nobles serán rápidos en herir! ¿Cuál ha de ser tu destino? ¡apenas oso pensarlo! Lo demás nada me importa; toda mi esperanza se cifra en ti.

IRENE.—¿Y si triunfásemos?

ADRIANO.—Irene... Temo que la suerte te sea adversa; pero el amor me encadena á ti hasta la muerte.

(Juntos.) Si el destino severo nos obligara á odiarnos, solo deseo abandonar la tierra; y lejos de tan

funestos sitios, unirte á ti eternamente en las celestes moradas.

(Irene y Adriano permanecen en mudo éxtasis.—Empieza á amanecer.—Oyese, en lontananza, un toque de trompeta.)

IRENE (como saliendo de un ensueño).—¿Qué oigo?

ADRIANO.—¿Es el despertar! (El ruido se acerca.)

¡Triste seña! el pueblo correrá á las armas!

ESCENA VI

Pueblo; después RIENZI, RAIMUNDO

(Sale un trompetero, tocando llamada.—De todas las calles y casas sale el pueblo gozoso, invadiendo la plaza.)

CORO.—¡Salve, brillante día; despier'te Roma de su largo sueño!

(A los primeros destellos de la aurora ilumínase la fachada del templo.—Oyense los acordes del órgano.—La muchedumbre se arrodilla.—Del interior del templo, cuyas puertas están cerradas, se oye el coro siguiente.)

CORO (en la iglesia).—¡En pie! llegó la hora; el cielo llama á sus elegidos! ¡Alzate, Roma, del negro sepulcro; sobre ti luce más propicio sol; la noche abre paso á tu fulgor, aurora de la libertad!

(El pueblo ha permanecido de rodillas.—Las puertas del templo se abren y dejan ver á una multitud de sacerdotes y monjes de todas las órdenes.—Aparece Rienzi, en compañía de Raimundo.—Va completamente armado, y descubierta la cabeza.—Al verle, el pueblo se levanta y le acoge con el mayor entusiasmo.)

CORO.—¡Rienzi! ¡nuestro salvador; único vengador de nuestras afrentas!

(Rienzi desciende del templo á la plaza.)

RIENZI.—¡Roma, Roma, levántate! ¡renace! ¡sé libre, pueblo rey! ¡Sepamos defender nuestros derechos; no más esclavos, no más señores! ¡Obedezcamos á nuestras leyes; expulsemos á los traidores! Valientes soldados, estrechad vuestras filas; cerrad las puertas á los tiranos, pero dejad paso al hombre libre, cuyo corazón vibra conmovido. ¡Abrid un suelo hospitalario á los peregrinos del mundo entero; todos los que observen nuestras leyes, serán amigos del pueblo-rey! ¿Juras seguirla, pueblo romano?

PUEBLO.—Rienzi, noble héroe; recibe nuestros leales juramentos. Sí; te juramos fe, homenaje y Roma, grande en su principio, volverá á ser lo que fué. ¡Afrenta y maldición al que venda el santo pacto que nos une! ¡Tu pueblo escuchará tu voz, para recobrar su antigua libertad!

CECCO.—Dí, pueblo, ¿quién te ha salvado, quién no cejó ante nada para ti? ¿quién te ha hecho dueño de proclamar por donde quiera tu ley? ¿quién te hizo renacer? Escuchadme, ciudadanos. (Designando á Rienzi.) ¡Sed su pueblo, y él sea rey!

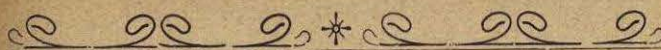
TODOS.—¡Gloria á ti, Rienzi, nuestro rey!

ADRIANO.—Momento fatal ¿qué hará?

RIENZI.—¡Qué oigo! ¡rey! ¡vana químera! No un rey, el senado ha de gobernar el nuevo Estado. No aspiro al brillo de las falaces grandezas. Nombradme tribuno, como en tiempo de vuestros padres.

TODOS.—¡Gloria á Rienzi! ¡gloria al tribuno del pueblo-rey! Bajo tu ley renace un pueblo; Roma volveré á ser lo que fué. Sepamos reconquistar nuestro puesto; verteremos toda nuestra sangre. ¡Afrenta y maldición al que venda el santo pacto que nos une! ¡Hay que combatir, sin temor, para ser de nuevo un pueblo rey!

(El pueblo rodea á Rienzi.—Cae el telón.)



ACTO II

Gran sala en el Capitolio.—En el fondo, vasto pórtico al que da entrada un amplia gradería, y desde el cual percíben-se á lo lejos los monumentos más elevados de Roma.

ESCENA PRIMERA

Mensajeros de paz, RIENZI, Senadores

CORO DE MENSAJEROS DE PAZ (á lo lejos).—La Paz fecunda sonrío al mundo; por doquiera las flores exhalan sus perfumes. ¡Firmada está la paz! (El canto de los mensajeros parece aproximarse poco á poco.—Aparece el cortejo por el vasto pórtico.—Los mensajeros van vestidos á la antigua, con túnicas de seda blanca, coronada la frente y un bastón de plata en las manos.) Oye, pueblo, oye á los gozosos mensajeros, embajadores de la paz hija del cielo. Los ardientes rayos del sol coronan los montes con mil fuegos; los buques á porfía surcan los numerosos puertos; la paz nos brinda sus verdes palmas.

(parece Rienzi, en rico traje de tribuno.—Síguenle Cecco y Baroncelli á modo de pretores.—En pos, llegan los senadores.)

RIENZI.—¡Oh! habla, habla, mensajero, ¿queda to-

davía algún peligro? al recorrer el romano suelo ¿encontraste la paz en tu camino?

UN MENSAJERO.—He visitado nuestros campos, nuestras ciudades y los vastos puertos de nuestros mares. En nuestras ciudades tranquilas abundan nuevos tesoros. Por todas partes he visto la paz. ¡Ojalá dure para siempre! El labrador recoge el sazonado trigo que sembró; ya las fortalezas no necesitan armarse contra la rebelión.

RIENZI.—En ti cifré mi fuerza, ¡oh Dios mío! ¡tuya es la gloria, tuyo el honor!

TODOS.—¡A ti, solamente, debe Roma su ventura! ¡para ti la gloria, para ti el honor!

RIENZI.—Id, mensajeros de paz; proclamad en Roma entera el éxito de nuestra causa.

MENSAJEROS.—Oye, pueblo, oye á los gozosos mensajeros, embajadores de la paz hija del cielo.

(Se alejan por el pórtico del fondo.)

ESCENA II

Los mismos, COLONNA, ORSINO, los nobles

(Colonna, Orsino y sus partidarios saludan á Rienzi con cierta deferencia no exenta de altivez.)

COLONNA.—Seamos amigos, Rienzi.

RIENZI.—Nada le falta á tu victoria ¡oh Roma! Tus adversarios, cual hijos sumisos, tienen á gloria vivir bajo tu ley.

COLONNA.—Puedes contar con nuestra fe. Nunca creí encontrar en ti tanta grandeza. Sí, todo en ti me me asombra.

RIENZI.—¡La libertad! la ley! he aquí mi fuerza. No olvidéis que, para que os franqueáramos las puertas de la villa, os sometisteis á nuestra ley, como los más humildes plebeyos: ¡Caigan, por fin, esos castillos, esas madrigueras de donde surgían vuestros viles mercenarios! ¡Ay de vosotros si aún

abrigaran vuestros pechos culpables errores! Yo, el tribuno, sabré ejercer justicia. Mas ya la fiesta está esperando aquí á vuestras nobles señorías.
(Sale seguido de Cecco, Baroncelli y los senadores.)

ESCENA III

ORSINO, COLONNA, los nobles; luego ADRIANO

COLONNA.—¡Necio orgullo! ¡insolentes palabras! ¿habremos de tolerarlas mucho tiempo?

ORSINO.—¡Qué furor abrasó mi corazón! ¡á semejante impostor doblegar nuestras frentes!

COLONNA.—¿Qué remedio queda? Nos venció.

ORSINO.—¡Y esa plebe, avezada ayer á plegarse á nuestras leyes, cuál se levanta y, transformada de repente, se convierte en un pueblo!

COLONNA.—¡Un pueblo! ¡Cómo! ¡Sólo Rienzi sabe dictar la ley; si Rienzi dejara de existir todo se desmoronaría!

(Los nobles rodean á Orsino y Colonna.—Adriano entre sin ser visto y se mezcla en los grupos.)

ORSINO.—A él solo hay que herir; pero ¿con qué lazo engañarle?

COLONNA.—Es ídolo de la muchedumbre, cuyos transportes exalta.

ORSINO.—Débiles nosotros, ellos poderosos, destruirán todos nuestros esfuerzos.

COLONNA.—¡Pues bien! Sucumba Rienzi á nuestros golpes, entre ese pueblo de necios; muerto Rienzi, serán nuestros.

ORSINO.—¡Perfectamente! Nada me arredra; en ello se cifra nuestra salvación. Sea para él la hora de la muerte, la de la fiesta.

COLONNA (en voz baja).—Todo lo he previsto; mis partidarios están prestos; á mi señal acudirán. Ocuparemos el Capitolio, y derribaremos el ídolo.

Todos.—¡Así sea!

ADRIANO (pareciendo).—¡Deteneos, asesinos! ¿qué osásteis decir?

ORSINO.—Colonna ¿sería acaso un traidor?

COLONNA (fijando una severa mirada en Adriano).—¡Habla, dí! ¿y eres tú, mi hijo, quien pretende vendernos?

ADRIANO.—Hijo soy de un verdadero soldado que siempre combatió de frente, y nunca mancilló con vil atentado la gloria de su raza.

ORSINO.—¡Pérfido! ¡traidor!

COLONNA.—¡Sí! aprendió la lección del tribuno. Por fin veo claro y se confirman mis sospechas.

ADRIANO.—Abre tus ojos á la luz, padre mío.

COLONNA.—¡Calla, calla! ¡estás maleficiado, y sin duda el tribuno espera que le sirvas de instrumento! ¡maldición contra él! ¡que muera!

ADRIANO.—¡Préstame, cielo, tu auxilio! (A Colonna.) Renuncia á tan vergonzosa maquinación; oye mis ruegos; conserva sin mancha el brillo de un nombre que tan honrado ha sido.

ORSINO.—¡Pérfido! Y aún vacila su padre en castigarle!

COLONNA.—¡Escucha! Allá, en su guarida, está el tribuno. ¡Corre! ¡descúbrele nuestros planes; denuncia á tu padre!

ADRIANO.—¡Qué oigo! ¡Dios mío! ¡cruel destino! (A Colonna.) ¡Cómo! ¿Quieres que nuestro immaculado nombre sea empañado por la deshonra? ¡Déjame morir antes! Para vos, la afrenta; la muerte para mí.

ORSINO Y LOS NOBLES.—Sellado está nuestro sagrado pacto. ¡Muera el tribuno! (Colonna rechaza á Adriano.—Los otros nobles se alejan amenazándole.)

ADRIANO (solo).—¡Denunciarles yo! ¿qué haré? Te amo, Irene; salvaré á tu hermano. (Detiéndose en el momento de partir.) ¿A dónde voy? ¡cruel remordimiento! ¡mi padre!... ¡y he de venderlo yo! ¡Jamás! ¡Dios mío! ¡apiádate de mi dolor! (Sale.)

ESCENA IV

Pueblo, ciudadanos de Roma

(Entra la multitud por el foro, con gozoso semblante.)

CORO.—Entonemos un himno de alegría, celebrando el regocijo de un pueblo altivo y libre.

ESCENA V

Los mismos, RIENZI, IRENE, BARONCELLI, CECCO

(Todos se inclinan ante Rienzi)

RIENZI.—¡Salud, pueblo romano! ¡grato espectáculo! ¡día feliz! Oiga el cielo mis súplicas; será perdurable esta ventura.

TODOS.—¡Viva Roma para siempre en paz! (Las diputaciones de los Estados Lombardos, de Nápoles, de Baviera, de Bohemia y de Hungría, aparecen en la sala de fiestas.)

BARONCELLI (presentando las diputaciones de las diversas provincias).—De cerca, de lejos, acuden á ti los pueblos para aclamar tu ley.

RIENZI.—Reúnanos un solo lazo en nombre de Roma protectora. Dios no ha puesto en mis manos los destinos de Roma únicamente; quiero que Italia entera, grande por su libertad, se agrupe en un solo haz.

TODOS.—Viva para siempre Italia.

RIENZI.—El cielo secunda mis proyectos. Los decretos divinos os otorgan nuevamente la ansiada libertad. Recobrad pues la suprema jerarquía y dictad al Universo vuestras leyes. ¡Sí! por fin rompe sus cadenas Roma y no depende sino de sí misma. ¡Romanos! quede sobrepujado el noble esplendor del tiempo antiguo.